

ESE CORTEJO HUMANO LLAMADO LOS SENTIMIENTOS

Juan Fernando Sellés

Resumen: En el texto se defienden dos tesis centrales: a) la salida del laberinto sentimental estriba en ceñirse a una *teoría jerárquica de los actos (de conocer y querer)* humanos, puesto que los afectos son la redundancia de tales actos en las facultades; b) la *educación de los sentimientos depende del respeto a los distintos niveles jerárquicos de sentimientos*. A ella precede un balance crítico del legado que la historia de la filosofía nos ha dejado al estudiar este tema.

Palabras clave: Sentimientos, persona, teoría del conocimiento, voluntad, educación sentimental.

Abstract: Two basic thesis are defended in the text: a) The getting out from the sentimental labyrinth consists on sticking to a hierarchical theory of the human acts (knowing and wanting), since the effects are the redundancy of such acts in the faculties; b) feelings education depends on the respect for the feelings at the different hierarchical levels. It is preceded by a critical analysis about what we have inherited from the study of the philosophy history.

Key Words: Feelings, individual, knowledge theory, will, sentiments education.

Résumé: Dans le texte, deux thèses centrales sont défendues : a) la sortie du labyrinthe sentimental tend à se limiter à une *théorie hiérarchique des actes humains (de connaître et vouloir)* puisque les affections sont la redondance de ces actes dans les facultés ; b) *l'éducation des sentiments dépend du respect aux différents niveaux hiérarchiques des sentiments*. Cette éducation est précédée d'un bilan critique du legs que l'histoire de la philosophie nous a laissé dans le cadre de l'étude de ce sujet.

Mots clef: Sentiments, personne, théorie de la connaissance, volonté, éducation sentimentale.

INTRODUCCIÓN

El tema de los *sentimientos* es un valor en alza en esta sociedad llamada *posmoderna*. En muchos países los afectos humanos parecen rejuvenecerse de primavera en primavera. En cambio, las latitudes dotadas de perenne primavera no parecen requerir renovación, porque los afectos permanecen en constante floración. La emotividad está de moda en todo su espectro cromático: desde la exaltación hasta la depresión. Tanto es así que algún pensador reciente ha propuesto dividir la historia de la humanidad en tres etapas: la *era de la voluntad*, que comprendería desde la aparición del hombre sobre la tierra hasta los albores de la Grecia clásica; la *era de la inteligencia*, enmarcada desde el despertar de la filosofía griega hasta Kant¹, quien, al parecer, dio un golpe mortal a la razón, y la *era de la afectividad*, que se encuadraría en el periodo que va de Kant a nuestros días².

Pero si lo *sentimental* es la nota distintiva de nuestra época, aunque sólo fuera por *solidaridad* con el género humano no podemos relegar su tratamiento. Sin embargo, ¿cómo abordarlo? De seguro que se nos reprochará de entrada no encarar este asunto confeccionando una telenovela, o no hacerlo desde un punto de vista *estético*, o *literario-poético*, o incluso *místico*, porque todos ellos son modos de favorecer la experiencia vital de los afectos. Sin embargo, si, al decir de Aristóteles, *la teoría es la forma más alta de vida*³, el mejor *método* para esclarecerlos no podrá ser sino *teórico, filosófico*.

Para explicitar qué sean los sentimientos se precisa conocer los diversos *actos* humanos (cognoscitivos y volitivos), es decir, disponer en el propio

haber filosófico de una *teoría del conocimiento* y una *teoría del querer* todo lo completas que sea posible. De modo que, en una sociedad en la que la *teoría del conocimiento* brilla por su ausencia y la *teoría de la voluntad* está famélica, hay que poner en duda si el interés por los sentimientos dispone de un enfoque afortunado. Adentrarse por tales planteamientos no es tarea fácil. Obviamente, no podemos proceder aquí a la exposición de ambos cursos⁴.

I. BALANCE DE UNA HERENCIA HISTÓRICA

A lo largo de la historia de la filosofía se puede comprobar que los pensadores *clásicos* tienden a asimilar las *pasiones* y los sentimientos a las *facultades apetitivas* o *tendenciales*, pues sólo admiten, aparte de las funciones vegetativas, dos tipos de potencias en el hombre: las *cognoscitivas* (sentidos externos, sentidos internos e inteligencia) y las *apetitivas* (apetitos sensibles y voluntad). Es comprensible que los pensadores *modernos*, al notar que los sentimientos son irreductibles al ejercicio de tales facultades, propongan como sede de los sentimientos un hipotético "tercer" tipo de facultades.

Pero con esa pretensión los modernos caen en una *simetrización* respecto del planteamiento clásico. En efecto, así como se supone que lo cognoscitivo tiene sus sedes y lo volitivo la suyas, se reclama un tipo distinto de facultades para la afectividad. Sin embargo, tanto la propuesta clásica como la moderna son rectificables. La clásica, porque los sentimientos son irreductibles al conocer y a las tendencias, apetitos o querer, y en esto hay que dar la razón a los modernos. La moderna, porque no estamos ante un "tercer" tipo de facultades, sino ante la "refluencia o repercusión de los actos en las mismas facultades".

1 La filosofía kantiana vendría a cerrar una época racionalista con la *Crítica de la razón pura*, para dar paso a otra, de corte voluntario, con la *Crítica de la razón práctica*, y ésta a su vez abriría camino y se subordinaría al sentimiento con la *Crítica del juicio*.

2 ROLDÁN, A., *Metafísica del sentimiento*, Madrid, C.S.I.C., 1956, pp. 5-10. El mérito del excelente trabajo de este pensador reside en distinguir los sentimientos espirituales de los sensibles. Su rémora: vincular tales sentimientos superiores exclusivamente a las dos potencias espirituales (*inteligencia y voluntad*).

3 Cfr. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, I, X, c. VII (BK 1178 a).

4 Respecto de la *teoría del conocimiento*, cfr. mi libro *Curso breve de teoría del conocimiento*, Bogotá, Universidad de La Sabana, 1998. Respecto de la voluntad, cfr. mi libro *Conocer y amar*, Pamplona, Euna, 2ª ed., 2000.

En suma, ¿aportes de la *filosofía clásica* (al menos, desde Aristóteles)? 1) Las pasiones son *actos*. 2) Los afectos son *segundos* respecto de los *actos* y *hábitos* en las *facultades*. 3) Se distinguen sólo *dos* tipos de facultades: las *cognoscitivas* y las *volitivas*. 4) Se distingue entre sentimientos del *cuerpo* y del *alma*. ¿Inconveniente de esa tradición? Vincular en exceso los diversos tipos de pasiones a las *potencias apetitivas*. ¿Problema abierto en ese legado? Esta pregunta ¿hay sentimientos superiores a los vinculados a las potencias superiores humanas (*inteligencia* y *voluntad*)?

Por su parte, ¿aportaciones de la *filosofía moderna* y *contemporánea* (al menos desde Kant)? 1) Distinguir los sentimientos de lo netamente cognoscitivo y volitivo. 2) Descubrir sentimientos propios del *espíritu*, es decir, superiores a la inteligencia y a la voluntad. ¿Inconvenientes? 1) Radicarlos en un "tercer" tipo de *facultad*, distinta de las *cognoscitivas* y *volitivas*. 2) Olvidar las nociones de *acto*, *hábito* y *facultad*. 3) Sublimar los afectos por encima de toda instancia cognoscitiva y amante. 4) Incapacidad de acceder a su conocimiento (porque la razón ha quedado atrás). ¿Problemas abiertos en ese legado? 1) ¿Qué son, en rigor, los sentimientos? 2) ¿Cuántos niveles sentimentales existen? 3) ¿Cómo se conocen los propios del *espíritu*? A éstas cuestiones se intenta dar sucinta respuesta en este escrito.

II. LA SALIDA DEL LABERINTO SENTIMENTAL

Ya se ha indicado que sin teoría del conocer y del querer, como los sentimientos son tantos que se cuentan por centenares, ello da lugar a hablar de que estamos ante un verdadero *laberinto*⁵, y a ofrecer *diccionarios* sobre ellos⁶. Sin embargo, si los sentimientos son la correspondencia en las facultades de los

actos ejercidos por ellas, y son *redundancias* de ellos en las facultades, la tesis que hay que defender es: "hay tantos sentimientos como actos distintos en las facultades". Que los sentimientos no se reducen a un único nivel es admitido en la historia del pensamiento: "la variedad de experiencias dentro de la esfera afectiva es tan grande que sería sencillamente desastroso considerar a la totalidad de la misma como algo homogéneo y estudiarla de esa manera"⁷. Pero no está tan claro en la historia de la filosofía cómo se pueden distinguir los diversos niveles afectivos.

La tesis precedente se podría prolongar de este modo: "si los sentimientos siguen a los actos, hábitos (adquiridos e innatos) y virtudes, hay tantos sentimientos como *actos*, *hábitos* y *virtudes*". En efecto, los *hábitos* también son *actos*. De modo que a ellos deben seguir sentimientos. A la par, los hábitos pueden ser *adquiridos* o *innatos*, y, como los de los dos tipos son *actos*, ambos grupos de hábitos deben ser seguidos por sentimientos. Por su parte, también las *virtudes* de la voluntad son *actos*. De modo que deben ser seguidas asimismo por sentimientos.

Los estudios clásicos de las pasiones hacen una marcada referencia a lo *corpóreo*, con una conexión directa a los *apetitos sensibles*. Por tanto, en esa tradición hay pocas indicaciones de que existan sentimientos que sean propios del alma o del espíritu. Sin embargo, tanto algún pensador clásico, como Tomás de Aquino, como alguno contemporáneo, como Hildebrand, advierten que "hay pasiones propias del alma, distintas de las del cuerpo, que comienzan en ella, y en ella se quedan"⁸. Pero algún otro pensador reciente sugiere que, además de esas pasiones del alma, que Tomás de Aquino vincula especialmente a sus dos potencias superiores (inteligencia y voluntad), o para las que Hildebrand postula una tercera facultad, también cabría proponer la existencia de *sentimientos del espíritu* o persona humana⁹.

En efecto, se puede mantener que cabe la posibilidad de distinguir al menos estos cuatro grados

5 Cfr. ROJAS, E., *El laberinto de la afectividad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999; MARINA, J. A., *El laberinto de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama, 1997. Bibliografía complementaria al respecto es: WUKMIR, V. J., *Emoción y sufrimiento: etnoantropología elemental*, Barcelona, Labor, 1967; PEREIRA, S., *Las emociones y los temperamentos*, Madrid, Mandala, 1998; MAISONNEUVE, J., *Los sentimientos*, Barcelona, Oikos Tau, 1973; LABURU, J. A., *Los sentimientos: su influjo en la conducta del hombre*, Montevideo, Mosca Hos, 1946.

6 Cfr. MARINA, J. A. y LÓPEZ, M., *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona, Anagrama 1999.

7 HILDEBRAND, D. von, *La afectividad cristiana*, Madrid, Fax, 1968, p. 18.

8 *Ibid.* p. 40.

9 Obviamente, esta distinción entre sentimientos del *alma* y del *espíritu* sólo se puede admitir si se acepta la distinción entre *alma* y *espíritu* en el hombre. Esa división es más agustiniana que tomista. Se trata de no reducir la *persona* humana (*espíritu*) al *alma* (que es la *raíz* de las facultades, superiores e inferiores, y que es como *forma* del cuerpo).

de afectos: a) los que forman parte la *sensibilidad* humana, que a su vez admiten varios tipos y niveles; b) los que se presentan unidos a las *facultades superiores* del alma, inteligencia y voluntad, que deben admitir asimismo distintos niveles en cada una; c) los sentimientos propios de los *hábitos innatos*, que, como son varios y unos superiores a otros, deben existir jerárquicamente vinculados a aquéllos hábitos; d) los sentimientos propios del *espíritu* o núcleo personal humano, caso en el cual, como éste no es simple o idéntico (pues eso sólo es Dios), se deben admitir distintos sentimientos para esa pluralidad de radicales unificados que conforman el ser personal humano. Veámoslo con más detenimiento.

- a) Respecto de la existencia de sentimientos en la *sensibilidad*, no ha habido dificultad ninguna a lo largo de la historia del pensamiento en admitir su existencia. El problema reside en dirimir sus distintos tipos y los distintos niveles dentro de cada tipo.
- b) Por otra parte, parece obligado admitir sentimientos en la *inteligencia* y en la *voluntad*. Además, tanto una como otra son cambiantes, y como sus variaciones se miden según crecimiento o decrecimiento (nociones de *hábito-virtud* y de *ignorancia-vicio*, respectivamente), conviene que al diverso estado de tales facultades acompañen sentimientos favorables o adversos que nos adviertan si estamos disponiendo correctamente *según* esas potencias superiores o si estamos disponiendo *de* ellas a nuestro antojo. En rigor, si las estamos activando para que crezcan, o lo contrario. Además, dado que tanto los *hábitos y virtudes adquiridos* como los *vicios* son múltiples, deben existir multiplicidad de estados de ánimo de esas dos potencias superiores. Todos esos estados de ánimo, como las mismas dos potencias del alma, forman parte de la *esencia humana*, esto es, de aquello *según* lo cual cada *persona* humana dispone, o aquello *según* lo cual dispondría si pudiese alcanzar esas perfecciones, pero aquello *según* lo que libremente no puede disponer si carece de ellas.
- c) Por otro lado, la *persona* humana posee también *hábitos innatos* que no forman parte de la *esencia humana* (como sucede en el caso de los *adquiridos*), sino que son inherentes al *ser personal*.

Como es sabido, la tradición describe tres: la *sindéresis*, el hábito de los *primeros principios* y el de *sabiduría*. Estos hábitos nativos también son susceptibles de crecimiento y de mengua, aunque no de completa pérdida ni tampoco de completa activación por parte del hombre. De modo que deben existir *sentimientos positivos* y *negativos* que acompañen a cada uno de esos hábitos, tanto en estado natural como en el de su crecimiento o decrecimiento, de tal manera que al acompañarlos nos indiquen si se aumenta de acuerdo con ellos nuestra apertura nativa a las diversas dimensiones de lo real o si, por el contrario, se merma.

- d) Otro problema, más intrincado aún, es descubrir si existen sentimientos propios del *espíritu*, esto es, del *acto de ser* humano o *núcleo personal* (eso que otros llaman "corazón"). Si se admite el hallazgo de Leonardo Polo de que el acto de ser de la persona humana consta de unos *radicales personales* (*coexistencia personal, libertad, conocimiento personal, amor*)¹⁰, que estos radicales son jerárquicamente distintos¹¹ y que cada uno de ellos puede ser *elevado*¹² (no se trata, por tanto, de un crecimiento desde sí sino de su *elevación* por parte de Dios), la pregunta pertinente a este nivel es si hay sentimientos del *espíritu* capaces de advertirnos acerca del esplendor o el abatimiento de cada uno de los radicales personales.

En efecto, si esos radicales personales también son susceptibles de ser *elevados* por Dios (y aun *glorificados*), si libremente la persona humana acepta la elevación (o gloria), de alguna manera debemos saber que tal elevación (o glorificación) se da en nosotros. Como también cabe la posibilidad de empequeñecer estos radicales casi hasta la extinción de ellos si la persona humana no sólo no acepta la elevación por parte de Dios sino que también desprecia su vinculación nativa con él, también debemos advertir de alguna manera que ese decrecimiento personal, li-

10 Cfr. POLO, L., *Antropología trascendental*, Pamplona, Eunsa, 1999.

11 Cfr. PIÀ, S., *El hombre como ser dual. Estudio de las dualidades radicales según la antropología trascendental de Leonardo Polo*, Pamplona, Eunsa, en prensa.

12 A mi modo de ver, la *coexistencia* es elevada por la *gracia* sobrenatural; la *libertad*, por la *esperanza*; el *conocer* personal, por la *fe*, y el *amar* personal, por la *caridad*. Estas tres últimas elevaciones se llaman en el cristianismo *virtudes teologales infusas*.

bre y responsable se está llevando a cabo en nuestra vida personal. Y esas denuncias deben correr a cargo de los sentimientos positivos o negativos, respectivamente, del espíritu.

Respecto de esto último debemos tener en cuenta, además, un asunto, a saber: los *radicales personales* son, pese a su elevación o a su caída, *permanentes* y no se pueden anular definitivamente, pues no admiten contrario. En efecto, si se es persona, no se puede dejar de serlo aunque libremente se acepte que el propio ser personal se parezca cada vez más a la nada. De modo semejante, si se es libre, no se puede dejar de serlo aunque la libertad se atrofie y deje de expandirse. De modo parecido, si se es ser cognoscente, no se puede dejar de serlo a pesar de aceptar libremente la ignorancia. Asimismo, si se es ser amante, no se puede dejar de amar aunque se ame más exclusivamente lo menos amable.

Sin embargo, los *sentimientos*, por definición, *no son permanentes* y, además, admiten *contrario*. ¿A qué responde esto? Pues a que, si el ser personal acepta de modo libre ser elevado, aparecen en él sentimientos *positivos* que son también fruto de la elevación: dones sobrenaturales, por tanto. Pero si, también libre pero culpablemente, no acepta ser elevado, entonces reniega de su ser, porque el diseño originario de su ser, como ser llamado, está para ser elevado. Y entonces aparecen sentimientos *negativos* en el espíritu.

III.

UNA CUESTIÓN PRÁCTICA: LA EDUCACIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

Si la cuestión de la *naturaleza* de los sentimientos ya es preocupante, y la de sus *niveles* es inquietante, no mayor intranquilidad guarda para muchas personas (sobre todo padres, educadores, preceptores, asesores, etc.) la cuestión *pedagógica* de los afectos. La pregunta básica es: ¿se pueden educar? Y si se responde afirmativamente, hay que seguir cuestionando si todos ellos o sólo algunos son educables. Además, aún más preocupante todavía es el punto: ¿cómo son educables?

La peculiaridad de los sentimientos sensibles es que, como están en las facultades con base *orgánica*, son tan cambiantes y volubles como las facultades mismas¹³, porque tales facultades están expuestas a afecciones de muy diverso tipo tanto externas (de carácter medioambiental, accidental, etc.) como internas (enfermedades físicas y psíquicas de constitución fisiológica, alimentación, sueño, descanso, etc.). Esa es precisamente, también, la distinción entre estos sentimientos sensibles y el resto: su inconstancia, falta de permanencia o variabilidad. Por ello, no conviene tenerlos en más de lo que son: estados de ánimo pasajeros, volubles, que dependen de factores externos y somáticos.

Muchas son las contingencias exteriores que estimulan los sentimientos sensibles. En su época, Cervantes distinguía entre comedias buenas y mediocres, porque "de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud"¹⁴. Esas cualidades son *sentimientos*. El papel de la comedia en el siglo XVII lo desempeña hoy prioritariamente la televisión, que forma o deforma los sentimientos.

Pero, si bien deformar los sentimientos es sumamente sencillo, "la educación sentimental es tal vez la más difícil"¹⁵ y seguramente la menos aplicada en las enseñanzas humanas. Sin duda alguna, algo se ha trabajado en este campo desde siempre, pues esta tarea es ineludible en cada persona, ya que de lo contrario crece en ella una auténtica selva virgen sentimental. Inevitable es esta tarea, pues el favorecer los sentimientos más bajos impide vivir los más altos. Así, un desordenado sentimiento de amor humano destruye el amor divino, y las personas que padecen esta enfermedad viven un infierno de aborrecimiento y sinsentido dentro de sí. Pero ¿quién será maestro autorizado para enseñar tal materia? Para Haecker, en el plano práctico se han ocupado de ello tradicionalmente el Estado, la sociedad, los

13 De esto he tratado en *La persona humana* (II), tema 15, Bogotá, Universidad de La Sabana, 1998.

14 CERVANTES, M. de, *El Quijote*, Madrid, Castilla, I Parte, cap. XLVIII, p. 435.

15 HAECKER, Th., *Metafísica del sentimiento*, Madrid, Rialp, 1959, p. 116.

partidos, la filosofía práctica, y, sobre todo, la Iglesia, pero teóricamente hay un olvido de milenios.

A mi modo de ver, todos los sentimientos son educables porque todos dependen de la *persona*, y ni ésta ni ninguna de sus dimensiones personales, esenciales o naturales están cerradas, sino que son un *proyecto* porque la persona misma lo es. ¿Cómo se educan? Atendiendo especialmente a sus "causas", es decir, a aquello de lo que ellos derivan, los *actos* a cualquier nivel, pero no atendiendo a los sentimientos mismos, pues éstos son "consecuencias" de los actos en las facultades. Sus causas son las diversas instancias *cognoscitivas* y *volitivas*. Si uno se fija en ellas, es más teórico y más fuerte en el querer. En cambio, si alguien se fija preponderantemente en los sentimientos, *subjetiviza* toda la realidad y no los educa.

Además, como unas instancias cognoscitivas y volitivas son superiores a otras, el que desarrolla las más cognoscitivas y volitivas estará más gozoso, y el que atiende a las más bajas, más triste. Pero, claro, para ello hay que saber cuáles son más elevadas, asunto que no es fácil, pues lo fácil es precisamente ceder a las instancias más bajas. En cualquier caso, si se está triste, es que no se está conociendo o amando de acuerdo a como uno es, que es lo más alto. En esa situación algo va mal, tan mal como el grado de tristeza personal que se sienta por dentro.

De modo que es mejor desarrollar el crecimiento de la inteligencia (*hábitos*) y de la voluntad (*virtudes*) que ceñirse a lo que regala a los sentidos y apetitos sensibles, porque los sentimientos consiguientes al ejercicio aquellas dos potencias espirituales son de nivel superior a los sentimientos sensibles. A la par, será mejor, por la misma razón, favorecer los sentimientos del *espíritu*, que los derivados de la inteligencia y voluntad. ¿Cuáles son las "causas" de éstos? Las hay de dos tipos: *naturales* y *sobrenaturales*. Las *naturales* son los *radicales personales*. Los sentimientos naturales son los que a aquéllos acompañan. Los *sobrenaturales* son la elevación de esos radicales (que se alcanza por la gracia y las virtudes infusas). Los sentimientos que siguen a la elevación *sobrenaturales* de las diversas instancias personales serán dones *sobrenaturales* tales como el *gozo* y la *paz* *sobrenaturales* que trascienden todo entendimiento.

Para educar los sentimientos también es oportuno, aunque en segundo lugar, atender a los "efec-

tos" de ellos, si son *positivos*, para seguir viviendo tal como se vive, o mejor si cabe, y si son *negativos*, para detectarlos por sus "efectos" y huir de ellos, y consecuentemente renunciar al modo de vida que los ha provocado. Estos "efectos" son muchos. Por ejemplo, los del gozo personal son la alegría, la exultación, la jovialidad, el júbilo, el reír -con alguien, etc. Los efectos de la tristeza son la soledad, la amargura, la pesadumbre, el aturdimiento de la razón, el embotamiento de los sentidos, la ira, la huida del apetito, los suspiros y gemidos, el reírse *de* alguien o *contra* alguien, etc. La ira o cólera, por ejemplo, se manifiesta de modo muy claro por el habla. Por eso, al decir de Cervantes, "cuando la cólera sale de madre no tiene la lengua padre, ayó ni freno que la corrija"¹⁶.

En efecto, el habla, como primera *praxis* humana -y condición de posibilidad de todas las demás-, es la más clara *manifestación* de las afectaciones del espíritu. De modo que demasiada afectación en el tono de la voz delata un exceso de sentimentalidad. Por ello, conviene tener en cuenta el consejo cervantino: "habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo: que toda afectación es mala"¹⁷, pues es señal -se podría añadir- de que buscas los sentimientos en directo, como "fines", en vez de considerarlos como son, esto es, como "consecuencias" de tus actos de conocer y querer.

En rigor, el consejo de don Miguel incide en lo descrito, pues no se deben anteponer los afectos al conocer y al querer, puesto que no son previos y condición de posibilidad de ellos, sino consecuencias. Por eso, los sentimientos son un gran inconveniente a la hora de deliberar y de elegir qué se debe hacer, pues acaban subjetivizando la realidad, impiden verla como es y provocan acciones fallidas. Sin embargo, son convenientes de cara a ejecutar lo deliberado y decidido, pues animan las acciones prácticas humanas para llevar a cabo los propósitos acordados y las decisiones tomadas, de modo que las acciones se vuelven más gratas¹⁸. Se debe hacer, por tanto, lo que conviene hacer, y conviene porque tal acción es mejor (más verosímil y más buena) que otras, y es oportuno, asimismo, poner el corazón en lo que se hace tras haber puesto la cabeza y la voluntad, porque ello hace la vida más agradable. ■

16 CERVANTES, M. de, *op. cit.*, p. 666b.

17 *Ibid.*, p. 755a.

18 Cfr. POLO, L., *Antropología de la acción directiva*, Madrid, Aedos, 1996.